



Durante la celebración de la mesa “*Valores y responsabilidad para la convivencia en libertad*”

Intervención de Pío García-Escudero

14. noviembre, 2009.- El portavoz del Grupo Parlamentario Popular en el Senado, Pío García-Escudero, ha afirmado que “frente a los grandes retos de la convivencia en libertad, desde el Partido Popular, defendemos este valor como imprescindible: libertad en el sistema educativo, en el ámbito económico, en el ejercicio de principios morales o religiosos, libertad ideológica, de pensamiento, de movimiento. Libertad para defender la vida, como valor supremo”.

A continuación, reproducimos íntegramente el discurso de Pío García-Escudero:

“Sin duda, hoy se habla mucho de valores. En el debate público es continua la apelación a principios tan intachables como la solidaridad, la tolerancia, la igualdad, la libertad, etc. Son conceptos cuya mera enunciación parece investir a quien los utiliza de una fuerza argumental insuperable, haciéndole inmune a cualquier intento de crítica.

El discurso de los valores funciona así como un gran recurso dialéctico. Pero, como sucede con cualquier tipo de recurso, la sobreexplotación conduce al agotamiento. De tanto usarse, parece como si los conceptos fueran desgastándose y perdiendo su verdadero sentido, hasta el punto de llegar, en ocasiones, a hacerse irreconocibles.

Y así sucede que asistimos a un espectáculo cotidiano de paradojas y contradicciones. Paradojas que, aunque puedan parecer nuevas, en su inmensa mayoría son en realidad la reedición de viejos errores y falacias que se esconden tras un maquillaje conceptual de presunta modernidad. Y contradicciones fraudulentas entre la realidad y el discurso mediante el que ésta se quiere, no transformar, sino sencillamente enmascarar.

Así, se habla todos los días de tolerancia. Y, sin embargo, cada día sentimos más sobre nuestras cabezas el peso asfixiante de la corrección política. Un carril de pensamiento único cuyas líneas continuas no pueden rebasarse, bajo pena de una grave sanción social.



En nombre de los valores democráticos (de la igualdad, la libertad, del respeto por la diferencia), se cantan, por ejemplo, las excelencias del multiculturalismo. Y, sin embargo, estos mismos valores democráticos – de alcance universal, pero de origen, no lo olvidemos, occidental- se relativizan al equiparlos con los valores y actitudes de culturas (o mal llamadas “civilizaciones”) que los cuestionan o, abiertamente, los niegan.

Se habla continuamente de la diversidad como valor. Y, sin duda, lo es. Pero, al mismo tiempo, hay muchos que se autoproclaman paladines de la diversidad (racial, cultural, sexual, etc.), a la vez que pretenden imponer la uniformidad en torno a un determinado concepto de “vida buena” en el que los ciudadanos deben necesariamente militar.

Se invoca, un día sí y otro también, a la ciudadanía. E incluso hay quienes se sienten ungidos para poder hablar y actuar en su nombre. Ahora bien, esos mismos son quienes, en la práctica, promueven un modelo de ciudadano pasivo y maleable frente a un Estado sutilmente omnipresente y supuestamente providente y benefactor.

Y todo esto sucede, además, en un contexto en el que los ciudadanos dicen sentirse cada día más alejados de los políticos a quienes encomiendan su representación.

En nombre del progresismo, se ponen en marcha cruzadas para liberar a los ciudadanos de las cadenas de la tradición. Una tradición, eso sí, que nadie sabe ya si muchas veces es real o ficticia, porque ahora quiere reglamentarse hasta la Historia y se la reescribe según un guión simplista de “buenos y malos”. Y, sin embargo, lo que subyace en este simulacro de liberación es el propósito de adoctrinar y ahormar las conciencias mediante herramientas –por otra parte, tan del pasado- como la educación para la ciudadanía.

Hoy es corriente que el discurso político se engalane con referencias a las enormes oportunidades del progreso tecnológico; las grandes perspectivas abiertas por la sociedad de la información y el conocimiento; o las apelaciones a la conciencia frente a problemas tan planetarios como el del calentamiento global.

Pero, curiosamente, quienes más presumen de perspectiva universal son los mismos que no tienen ningún empacho en enfundarse camisetas de antiglobalización para poner en entredicho la economía libre de mercado, en apelar interesadamente a las pulsiones del particularismo o en coquetear con quienes más se encastillan en sus reductos identitarios.



Y sucede también que los más partidarios de los discursos sobre los retos de largo alcance o de carácter genérico (lo que, coloquialmente, se conoce como “hablar de los grandes expresos europeos”), son los mismos que, por su incomodidad e impopularidad, eluden enfrentarse a los problemas más acuciantes y cercanos para la vida de los ciudadanos, como el paro, o la sostenibilidad de nuestro sistema de protección social o de nuestra sanidad pública.

Del mismo modo, hoy está muy de moda hablar de lugares comunes como el cambio de modelo productivo, la apuesta por la investigación y la innovación, o –en feliz expresión del señor Zapatero- de promover “menos cemento y más conocimiento”.

Sin embargo, todo ese discurso no es óbice para que se siga descuidando lo único que puede hacerlo posible: la reforma de nuestro sistema educativo, al que, lejos de mejorarlo, los apóstoles del progresismo siguen viendo, antes que nada, como terreno abonado para el adoctrinamiento ideológico, menospreciando auténticos valores como el trabajo, el mérito, el esfuerzo y la calidad de la enseñanza y el profesorado.

Todas estas paradojas y otras muchas más, forman parte del discurso político vigente. Y, al final, lo que queda flotando en el aire es la sospecha de que lo que realmente se busca, no es la discusión pública y franca sobre los principios que deben regir la convivencia democrática y la acción política en el seno de una sociedad libre.

Sino, más bien, una nube de gas somnífero para eludir enfrentarse a los problemas reales. O, lo que es más preocupante, para intentar moldear las conciencias de acuerdo con unos presupuestos ideológicos determinados, y a expensas de algo tan vital para la democracia como la pluralidad y la diversidad.

Es inevitable que todo esto genere en cualquier ciudadano dotado de un mínimo sentido crítico una sensación de desconcierto y estupor. Ese “malestar de la democracia”, en acertada expresión del sociólogo Víctor Pérez-Díaz, quien, en un reciente trabajo, nos recuerda el carácter intrínsecamente frágil de lo que es, sin duda, la más alta construcción política del ser humano: la democracia liberal.

Pérez- Díaz se refiere a los tres grandes problemas, o amenazas de crisis, que siempre están latentes en toda democracia:



- Crisis existencial: es decir, la tendencia a la entropía o desorden en el funcionamiento de sus instituciones y de su entramado institucional. Todo ello con el peligro último de una fragmentación de la comunidad política.
- Crisis de representación: es decir, la que se refiere a la relación entre la clase política y los ciudadanos, relación fundamental y que debe mantener una dosis mínima de confianza para que podamos hablar de una verdadera democracia.
- Crisis trascendental: es decir, la relativa a la necesidad de que toda sociedad deba contar con lo que Pérez-Díaz llama un “ancla cultural”, “una identidad, una narrativa que la justifique, sentimientos morales que la traben con cierto grado de intensidad y rasgos que la identifiquen lo suficiente del resto”.

Son problemas de carácter general, pero que fácilmente pueden trasladarse a la realidad concreta y actual de nuestro sistema democrático. Del mismo modo, pueden ser aplicables las tres claves que el mismo autor apunta para hacerles frente, y que quizá puedan servir para orientar, en parte, este debate:

- El refuerzo de la comunicación auténtica, en un doble sentido, entre ciudadanos y políticos.
- El valor de la cultura y, más concretamente, de la educación: es decir, una educación que enseñe a realmente a razonar, que fomente el sentido crítico y la capacidad de debatir con ecuanimidad, que potencie en cada individuo su capacidad innata para actuar con iniciativa individual y con sentido social de la responsabilidad.
- La autoconfianza de los políticos, sustentada en una preparación adecuada que les otorgue la seguridad necesaria para enfrentarse con decisión a los problemas, para no rehuir la toma de decisiones sobre cuestiones difíciles. Autoconfianza basada también en el compromiso ético de servicio a la comunidad: no “servirse de”, sino “servir a”.

Evidentemente, los problemas a los que debe enfrentarse una democracia son siempre complejos y cambiantes. Y las respuestas, necesariamente, deben estar a la altura de esos grandes retos que



siempre plantea la “convivencia en libertad”, tal como reza el título de esta mesa redonda.

Quizá no haga falta dar la vuelta al mundo para dar con las claves, quizá estén en el jardín de nuestra propia casa, esa casa que hemos sido capaces de levantar tras siglos de prueba y error, de fracasos que nos deben servir de elección, y de aciertos de los que podemos sentirnos orgullosos y a los que nunca deberíamos renunciar.

Son los valores que Occidente ha dado al mundo: los que encontramos en la Constitución de los Estados Unidos, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y, por supuesto, en nuestra propia Constitución.

Frente a los grandes retos de la convivencia en libertad, desde el Partido Popular, defendemos este valor como imprescindible: libertad en el sistema educativo, en el ámbito económico, en el ejercicio de principios morales o religiosos, libertad ideológica, de pensamiento, de movimiento. Libertad para defender la vida, como valor supremo.

Hoy a los políticos nos toca escuchar y tener la inteligencia suficiente para saber articular y aplicar las respuestas adecuadas. Por ello, aguardo con sumo interés sus opiniones y les cedo la palabra”.